



12

relatos



jóvenes

9

3

7

7

6

2º F

IES Severo  
Ochoa  
Curso 2021-2022



Ayuntamiento de  
ALCOBENDAS



# ÍNDICE

PRÓLOGO

EL ASESINATO SIN ASESINO

LA VENGANZA

EL FANTASMA CEGADOR

EL TIEMPO

UN MOMENTO IDEAL DENTRO DE UNA  
SITUACIÓN COMPLICADA

LA MUERTE

LA AMISTAD

QUIRÓFANO

LA MUÑECA DIABÓLICA

EL CORONAVIRUS

UN CAMINO

PERDIDA

CORAZÓN DE PIEDRA

LA ESENCIA DE LA NATURALEZA

UN SUEÑO

UNA MAÑANA DE INVIERNO

EL SILENCIO DE LA MUERTE

TORTURA INFINITA

LA CUEVA

LA JAULA

UNA NOCHE MISTERIOSA

UNA PESADILLA REAL

TRIÁNGULO DE LAS BERMUDAS

LA GRUTA

YO SOY EL SIGUIENTE

CRIATURAS

# PRÓLOGO

*Te encuentras ante el libro de relatos que el alumnado de la promoción 2021-2022 del curso 2ºF de ESO del IES Severo Ochoa ha autoeditado en este curso. Una experiencia que pretende aportar herramientas como la confianza personal y la toma de decisiones conjunta, ya que han trabajado de forma íntima e individual para, después, compartir lo escrito en clase durante su elaboración y el resultado con la comunidad lectora.*

*Aunque cada relato te llevará por un camino diferente, con la portada y cada uno de los textos han creado un espacio para mostrar que ha llegado su tiempo y tienen voz propia.*

*Gracias al Ayuntamiento de Alcobendas, a la Concejalía de Cultura a través de las Mediatecas y al Instituto Severo Ochoa por propiciar la oportunidad de ayudar a crear este espacio, al profesorado en general y Sara Moraleda Ruiz-Roso en particular por el apoyo a los talleres de escritura creativa y autoedición y su entrega diaria durante el curso y, sobre todo, gracias al alumnado de 2ºF por su trabajo y buena disposición.*

*Como dice Sara, esta es una invitación para que navegues por las siguientes páginas,*

*escritas desde la incipiente ilusión del alumnado de su clase de Lengua Castellana y Literatura por comenzar a escribir y esperemos que sigan haciéndolo como vehículo para expresar su mundo interior.*

*Pepa Hidalgo*

# **EL ASESINATO SIN ASESINO**

**Esta historia comenzó el día que nos mudamos a una nueva casa en Estados Unidos.**

**Cuando entramos en la casa la sentimos fría, como si nadie hubiera vivido en ella desde hacía siglos.**

**Tras colocar todas las cajas me dirigí hacia el desván para colocar los trastos que ya nadie utilizaba, pero que tenían un valor sentimental para nuestra familia. Nada más abrir la puerta una serpiente saltó en la misma dirección donde me encontraba. Me pegué tal susto que me caí por las escaleras. La puerta del desván se cerró de golpe y no había manera de volverla a abrir. Tras varios intentos, por fin se abrió de nuevo.**

**Cuando llegué arriba lo primero que vi fue una caja llena de rollos de película, así que dejé las cajas que había subido y me bajé esa.**

**Después de cenar y de que los niños estuvieran dormidos, me preparé para ver**

las películas. En las carátulas había nombres escritos: «La fiesta en la piscina», «La barbacoa», «La fiesta de pijamas»...

Puse la primera grabación. Apareció una familia de fiesta en una piscina. Después de un rato la imagen se paró y, de repente, aparecieron personas atadas con cadenas en las tumbonas. Con una cuerda se arrastró la primera tumbona a la piscina y luego el resto con las personas vivas encadenadas a ellas.

Revisé la película varias veces para ver si podía encontrar alguna pista que me llevara al asesino y, a la décima, me di cuenta de que cuando las personas se estaban ahogando parecía que alguien con una máscara andaba bajo el agua.

Al ver esa imagen apagué el reproductor y me fui a dormir.

A la mañana siguiente me desperté con la sorpresa de que las cintas ya no estaban, pero en la pared apareció una foto de mi familia con una X en las caras. Desde entonces no les he vuelto a ver. Todavía sigo sin saber quién fue su asesino.

Ana Abad García

## LA VENGANZA

Me desperté. Noté un escalofrío corriendo por mis venas. Al principio no recordaba qué hacía allí y tampoco el por qué, pero ahí estaba. Lo vi tendido en el suelo, lo rodeaba un charco lleno de sangre. Al principio no reaccioné, pero al cabo de unos segundos lo recordé. Sí, yo lo maté. Lo tuve que hacer, no tuve otra opción. Lo único que me inquietaba eran sus últimas palabras: «me vengaré».

Me alejé unos cuantos metros intentando huir de aquel lugar cuando escuché un ruido que procedía directamente del cadáver. Me giré bruscamente hacia el difunto. Para mi sorpresa, ya no estaba allí y supe que tenía que huir de aquel lugar lo antes posible.

En aquel momento hubo un apagón de unos segundos. Cuando volvió la luz allí estaba él sosteniendo un revolver entre sus manos. Apuntando hacia mí me dijo:

—¿Me recuerdas? Soy tu mejor amigo Asriel.



**Al instante apretó el gatillo acabando  
así con mi triste y miserable vida.**

**David Aguilar Martiniuc**

## **EL FANTASMA CEGADOR**

**Era un día como cualquier otro hasta que empecé a sentir un aire frío por todo mi cuerpo.**

**Estaba solo. Salí de mi habitación y me paseé por la casa para ver que ocurría. Solo encontré una ventana abierta en la cocina, pero no le di mucha importancia.**

**De repente, empecé a escuchar unos suaves pasos en el pasillo y empecé a tener miedo de aquella situación. Salí de la cocina, cerré la puerta y me dirigí a mi habitación. Unos segundos después, escuché cómo los pasos corrían hacia mí. Después, solo recuerdo que alguien me puso un trapo en la boca.**

**Me desperté en el sofá del salón. Le conté lo ocurrido a mi madre y decidió mirar las cámaras. En la grabación todo estaba rodeado con un humo blanco que yo no noté cuando estaba allí y solo se podían escuchar mis pasos nerviosos.**

**Mi madre acertó a ver un hombre de mediana estatura, color blanco y con traje.**

**Todas las luces empezaron a parpadear y nunca más supimos de él.**

**Pablo de Angulo Pelayo**

## **EL TIEMPO**

**Siento un cosquilleo en mi estómago cuando entro en la sala de espera. Escucho los nombres de las otras personas esperando que no digan el mío hasta que llega ese momento. Me empiezan a sudar las manos, se me hace un nudo en la garganta y me cuesta hablar. Cuando me siento en la silla, enfrente de la enfermera, viendo cómo prepara la aguja para pincharme, intento pensar que no dolerá, sé que no dolerá, pero, aun así, tengo ese dolor de barriga y ese miedo que me provoca ver la aguja en sus manos. Me empiezo a subir la manga de mi camisa sabiendo que en solo unos segundos voy a sentir ese pequeño pinchazo. Mientras me pincha el cosquilleo de mi estómago, el sudor de las manos y el nudo de mi garganta desaparecen.**

**Candela Caicedo Rosado**

## **UN MOMENTO IDEAL DENTRO DE UNA SITUACIÓN COMPLICADA**

La primera vez que vi a Elena llorar fue el martes 5 de junio del año 2038. Se me rompió el corazón. Estaba en una esquina; sola. Me sentí mal porque estaba jugando con Emma y ninguna de las dos se había dado cuenta. Fuimos corriendo a abrazarla, sin pedirle ninguna explicación, porque ambas sabíamos que ella nos lo diría cuando estuviese lista.

En el momento en el que sonó la música para volver a clase, Elena estaba un poco mejor. Nos chocamos con Ares un fuerte y alto chico.

—¿Adara, Emma podemos hablar?

Tras una mirada con Emma supe que decir.

—Lo siento. Ya hablaremos en clase.

Dicho eso, seguimos hacia nuestra clase de Matemáticas.

Tras unas largas horas salimos de aquella cárcel. Ares estuvo todo el rato

intentando hablar conmigo. Después de que Elena nos contase lo que había ocurrido, el puzle que tenía en mi mente se completó.

Al final del día, no puede evitarle más.

—Adara, no puedes evitarme más.

—¿Y eso quién lo dice, tú, el chico que ha rechazado a mi mejor amiga?

—Déjame contarte mi versión. —Hice una mueca—. Creí que eras de las que pensaban que en toda historia había más de una opinión.

—Vale, cuéntamelo, pero tienes hasta que llegemos.

—Perfecto. A la hora del patio Elena vino. Ella empezó a divagar sobre lo bien que nos veríamos juntos, lo guapo que era... —Hizo una pausa—. Hasta que la frené y le pedí que fuese al grano. Ella se declaró. La verdad, me lo imaginaba, pero no pensaba que fuese a declararse, y, menos, en ese momento.

—Se te declaró ella —Yo solo podía pensar en a quién debería creer, al chico que me gustaba o a mi amiga.

—Sí. No sé qué versión os habrá contado, pero sucedió tal como te lo estoy

contando. —Respiró profundamente—. La última cosa que le dije, antes de irme, fue que me gustaba otra persona.

—¿Quién? —le pregunté intentando no parecer muy ansiosa.

—Tú. —Mi corazón empezó a latir contra mi pecho muy fuertemente—. Mira, Adara, me gustas desde que empezamos a ser amigos. Nunca te lo había dicho, pero, ahora que ha pasado esto, creo que es el momento.

—Me tengo que ir —dije interrumpiéndole. Y empecé a correr.

Después de la conversación que había tenido con Ares no pude dormir nada. Tras recapacitar y darme cuenta de que creía la versión de Ares, decidí que no iba a corresponder a su declaración. No le iba a hacer eso a Elena, era mi amiga. Aunque a mí me gustase él no iba a hacerla más triste.

Al día siguiente, fui a clase. Ares intentó interceptarme en las taquillas al final de cada clase, pero siempre conseguía evitarlo. Mi mente solo podía pensar en cómo decirle que no me gustaba, cuando, en verdad, sí que me gustaba.

A la hora del recreo no rehusé cuando me llevo a un lado para hablar.

—Puedes dejar de evitarme —dijo un poco enfadado— porque desde que pasó lo que pasó con Elena no haces otra cosa.

—Te llevo evitando desde ayer porque no sé cómo decirte algo. —Él iba a hablar, pero lo frené con la mano—. Lo que te quiero decir es que tú a mí no me gustas. No sabía cómo decírtelo porque somos buenos amigos y no me gustaría que se perdiese esta amistad.

—Adara, mírame a los ojos y dime que no te gusto.

Me cogió suavemente la barbilla para que mis ojos se conectaran con los de él. Tras unos segundos, tuve que apartar los ojos de los suyos.

—Mira, Adara, sé que te gusto y con esto me lo acabas de confirmar. Por qué simplemente no me lo dices en vez de estar intentando alejarme.

—Ares. —Hice una pausa—. No podemos estar juntos, eso destrozaría más a Elena y yo no voy a ser la persona que haga sufrir a su amiga.



—¿Si Elena te dijese que salieses conmigo, saldrías?

—Creo que por el bien de los dos no debería de contestar a esa pregunta. Y tampoco deberíamos volver a hablar hasta que lo que hay entre nosotros se apague.

—No, Adara, no te vuelvas a marchar. Cada vez que lo haces...

Le interrumpí. Sabía que si terminaba esa frase no podría alejarme.

—A lo mejor nosotros somos esas personas correctas, pero en el momento incorrecto.

Dicho esto, me marché, sin mirar atrás.

Sofía Fernández Jorge

# LA MUERTE

Cuando la vi; supe lo que iba a pasar. Estaba angustiado, pero, no por mí, si no por los que se iban a quedar. Yo no me quería ir, pero ella me cogió y solo dejó de mí un montón de huesos y residuos orgánicos.

Hugo Gómez León

## **LA AMISTAD**

**En el 2010, una niña de 6 años con ojos grises y pelo corto vivía en Mongolia y le encantaban los aviones y los dinosaurios.**

**Cuando la niña fue a investigar la ciudad con un dinosaurio de juguete que le regaló su tía en su cuarto cumpleaños se encontró a un chico de pelo castaño, ojos marrones y sociable (lo de sociable se sabe, porque fue el primer amigo de la niña en toda la ciudad). El chico era mayor y le gustaba salir de fiesta.**

**Un día la niña iba a viajar de Mongolia a España. Estaba muy emocionada porque ese viaje se iba a realizar en avión.**

**Viajó con su amigo, sus padres y su dinosaurio favorito llamado Bailín. De camino al avión tuvieron que pasar por muchos controles y, de repente, la niña perdió su dinosaurio.**

**Se puso a llorar y su amigo le juró comprarle uno según llegaran a España. La niña dijo que no, que ella quería su dinosaurio, no otro. Entonces se pusieron a buscar por todos los lados por donde**

habían pasado. El avión despegaba en cinco minutos y la niña no se quería ir sin Bailín. No encontraron al dinosaurio y tuvieron que irse sin él.

Al llegar a España la niña estaba triste por la pérdida de su juguete. Pero en España, encontró un nuevo dinosaurio que le gustó mucho. Su amigo cumplió su promesa y se lo compró. Ella se quedó muy contenta y feliz.

Iker Gómez León

# QUIRÓFANO

Quando entro en la sala estoy nervioso; de algún modo es cuestión de vida o muerte. Veo al doctor, que a su vez me saluda y me dedica una perlada sonrisa. Me indica que me tumbe en la camilla y, seguidamente, me explica en qué consiste la operación. Me fijo en el material del quirófano: el bisturí, los guantes, etcétera. El doctor me coloca la mascarilla que, al inhalar, me induce a un sueño, un dulce letargo del que no recordaré nada.

Mis abuelos, la casa de mi infancia y los amigos del colegio se mezclan con las voces de los demás cirujanos que asisten concentrados la complicada intervención.

Quando despierto, me encuentro al doctor, que me dice que todo ha ido bien. No hay ni rastro del resto de los médicos. El hombre sale de la habitación e inmediatamente después entra la enfermera que me hace aquella extraña pregunta:

—¿Quién era ese hombre?

Raúl Gómez Pérez

## LA MUÑECA DIABÓLICA

Según cuenta la leyenda, hace años, en Alcobendas, vivía una mujer llamada Celia. Estaba casada con Diego, marqués de la ciudad por aquel entonces.

Celia no estaba feliz con su matrimonio. Ella era una mujer de lo más alegre y siempre había ansiado tener algún que otro hijo, sin embargo, el marqués era todo lo contrario. Diego era un hombre muy reservado que pasaba la mayor parte de su tiempo trabajando y no quería tener hijos, así que, finalmente, no tuvieron descendencia y, a medida que los días pasaban, Celia se sentía cada vez más sola en su enorme palacio.

Un día decidió irse junto a su dama de compañía a pasear por Alcobendas. A la marquesa siempre le había encantado salir a andar por el pueblo. Todo el mundo la conocía y admiraba.

Se pararon en el escaparate de una tienda de antigüedades, ya que le gustaba coleccionar cosas antiguas. En este había una pequeña muñeca de porcelana. Era

preciosa. Tenía el pelo rubio y con tirabuzones. Llevaba un vestido de encaje rosa y blanco y unos zapatos negros. La mujer se quedó mirándola. De repente, empezó a sentir como si esta la llamase. Se quedó hipnotizada durante unos segundos. Volvió en sí cuando su acompañante le dijo que debían regresar a palacio.

Ya en casa, Celia se dirigió a la sala de estar. En ese momento, la invadió una sensación muy extraña. Sentía como si la estuvieran observando. Volvió la cabeza y miró hacia una estantería. Celia dio un salto hacia atrás al ver a la muñeca de la tienda de antigüedades y se preguntó cómo había llegado hasta allí, pero le restó importancia y la tiró a la basura. Mientras caminó de nuevo hasta la sala de estar, le empezó a doler mucho la cabeza, así que decidió meterse un rato en la cama a descansar.

Al llegar a su cuarto, casi se le salió el corazón por la boca al ver que la muñeca estaba allí de nuevo. Se puso a gritar pidiendo ayuda y enseguida apareció Diego junto a las criadas y la dama de

compañía. Celia señaló la cama diciendo que había una muñeca y se sorprendió cuando todos decían que no veían nada en ella. Volvió a mirar y el juguete ya no estaba. A los pocos días, se corrió la voz por todo el pueblo de aquel acontecimiento y todos comenzaron a pensar que la marquesa se había vuelto loca.

Pasaron las semanas y Celia aseguraba seguir viendo a la muñeca. Estaba noches sin dormir, ya que al hacerlo veía a aquel terrorífico ser. La última vez que la vio, Celia, afirmó que la amenazó con matar a todos los habitantes de palacio. Cada día la atemorizaba más, ella decía que la hablaba, amenazaba e incluso que la veía moverse, y así fue como todo el pueblo creyó que la marquesa había perdido la cabeza por completo.

La habían visitado los mejor médicos, pero ninguno consiguió ayudarla. Su marido, desesperado, decidió hablar con ella sobre esto. Él no conseguía entenderla y empezaron a discutir. En la discusión Celia se puso muy nerviosa, cogió un candelabro y se lo tiró a Diego. En ese



instante, el marqués cayó al suelo y Celia fue rápidamente a abrazarle, sin darse cuenta de que la habitación comenzaba a arder. Cuando vio que la casa entera estaba cubierta en llamas, tomó una dura decisión y prefirió morir junto a su marido a vivir con la culpa de su muerte.

Los vecinos, al oler el humo y ver el fuego, intentaron apagar el incendio, pero ya era demasiado tarde y era imposible controlarlo.

Cuando el fuego se apagó, entraron a lo que había sido el palacio de los marqueses. Allí vieron los cuerpos calcinados de Diego y Celia y, junto a ellos, a la muñeca intacta. Fue ahí cuando se dieron cuenta de que la marquesa tenía razón, algo extraño había en esa muñeca. Entonces, la enterraron por el bien de todos y para que no hiciera daño a nadie más.

La casa estuvo deshabitada durante siglos hasta que una familia, compuesta por un matrimonio y su hija, la compró.

El día de la mudanza, la pequeña encontró una bonita muñeca de rubios tirabuzones, con un vestido de encaje rosa y blanco y zapatos negros. Le gustó tanto

**que se la quedó. Lo que la familia no sabía era que esa muñeca les atormentaría hasta el día de su muerte.**

**Paula González San Martín**

# EL CORONAVIRUS

Todavía recuerdo aquel día de marzo, el momento en que empezó todo. Ese día dimos todos un suspiro al ver que teníamos unas pequeñas «vacaciones». Pasado escaso tiempo, todos estuvimos aún más contentos, porque nos enteramos de que eran más días de esas supuestas vacaciones. Al cabo de unos cuantos meses, nos dimos cuenta de que no pintaba bien eso del CORONAVIRUS. Sí, ese es el nombre de esas «vacaciones».

Un día leí las noticias. Me asomé al notar unas cifras bastantes altas y observar que en el título ponía esa oscura palabra: MUERTES.

Muchas personas han perdido a gente querida y le tienen mucho miedo al virus. Les ha hecho reflexionar sobre la vida y tener en mente una pregunta: ¿POR QUÉ ESTÁS AQUÍ? La respuesta a esa pregunta es EL DESTINO, que quiere que nos hagamos más fuertes, sin esa gente que tanto queremos.

**Cuando todo esto empezó no nos dejaron salir de nuestras casas. Un poco más tarde pudimos salir con mascarilla y ahora nos dejan sin ella. Cada día es uno menos para poder volver a la normalidad.**

**Ya han pasado dos años del inicio. Ahora hay mucha gente a la que ya no le importa nada el virus mientras que a otra le sigue dando miedo. Lo que es seguro, es que todos hemos tenido miedo de este virus en algún momento de esta etapa.**

**Escribo esto para acordarme en un futuro de todas las cosas destacadas de mi vida, entre ellas esta pandemia.**

**Álvaro González-Villamil Rubio**

## UN CAMINO

Y ahí estábamos, observando aquel atardecer como nunca antes lo habíamos hecho, porque, hasta dentro de un año no volveríamos a presenciar algo así, hasta dentro de un año ese atardecer solo sería un recuerdo.

Nos dispusimos a volver, pero, a medida que avanzábamos, más perdidas nos encontrábamos: sin conexión, sin cobertura, sin batería y, lo peor, sin luz. Solo disponíamos de nuestra intuición.

En las bifurcaciones jugábamos a piedra papel o tijera para decidir por dónde ir.

Después de caminar sin descanso pudimos ver una casa. Corrimos hacia ella deseando poder encontrar el camino de vuelta a casa.

Al llegar, nos dimos cuenta de qué casa era, esa era la casa a la que tantas veces habíamos ido, la casa en la que tantas veces no habíamos colado, era esa casa en la que nos subíamos al tejado para espiar a la gente, la casa en la que corríamos más

**jugando a pillapilla que en las carreras. Y esa era a la que todos los días íbamos, a la que nadie se acercaba, a la que todo el mundo nos veía ir, pero nunca volver. Y así descubrimos un camino, un camino que nadie conoce, un camino en medio de un campo de trigo, un camino por el que corremos con música a todo volumen, un camino en el que no te dicen por dónde tienes que ir, un camino en el que eres libre, para nosotras, el camino de la libertad.**

**Paula Gutiérrez Loarce**

## PERDIDA

Palpé el suelo con mis manos y entonces pude confirmar que me encontraba sobre un húmedo terreno rocoso. Miré hacia arriba y vi que el cielo estaba repleto de nubes muy negras. Me quedé un tiempo parada porque no sabía con certeza como había llegado hasta ese lugar. Me levanté con suma delicadeza y miré alrededor. Pude contemplar una bonita playa cerca del acantilado en el me encontraba. Su blanca arena y agua cristalina la hacían parecer una costa de película. Decidí ir hasta allí para ver si encontraba algo que me ayudara a recordar o simplemente orientarme.

Una vez abajo no vi nada nuevo o inusual: mar y arena, eso era todo. No sabía que hacer, no sabía cómo había llegado hasta allí y, lo que más me aterraba, no sabía quién era.

Comencé a andar sin intención de detenerme hasta que, horas más tarde, mis piernas decidieron que era el momento de tomar un descanso. Me

tumbé como pude entre unas rocas, las cuales no eran precisamente cómodas.

Cuando por fin encontré la postura adecuada me dediqué a escuchar el sonido del mar, tan relajante como ninguna otra cosa, pero, en mi situación, ni eso era capaz de aplacar mi intranquilidad. Seguía perdida y sin pistas, bueno, miento, mientras andaba había encontrado algo en el bolsillo de mi chaqueta, una imagen. Tampoco era un gran avance porque estaba mojada, así que se veía con dificultad, pero se podía contemplar a una mujer, un hombre, un joven y dos chicas, de las cuales una era yo. Los adultos estaban juntos al fondo y la mujer apoyaba su cabeza en el hombro del señor. Los niños, nos encontrábamos sentados. Pero, con foto o sin foto, yo recordaba lo mismo.

Pasó un rato y, en vez de retomar la marcha, me rendí ante el sueño, lo cual tampoco me vino mal, porque tenía unas ojeras que casi me llegaban a los tobillos.

Supe que ya no me encontraba en la playa porque el sonido del mar había cesado. Bueno, mi mente no estaba en la playa porque yo seguía sintiendo las rocas



incrustadas en mi cuerpo, pero, en ese momento estaba recordando algo y fijaba toda mi atención en esa pista.

Veía la imagen borrosa de un hombre trajeado sentado frente a una mesa que estaba hablando, pero solo pude entender algunas palabras: «Queda detenida por el asesinato de...» Sabía que seguía hablando debido a que veía cómo se movían sus labios, pero ya no llegaba ningún sonido a mis oídos, solo un pensamiento recorría mi mente: ¿Era yo de verdad una asesina?

Érica Hölmer Alonso

## **CORAZÓN DE PIEDRA**

La primera vez que llegué tarde al instituto fue porque tuve que ayudar a mi padre borracho a meterse en la ducha para bajar todo el alcohol que tenía en el cuerpo. ¿El motivo? Se cumplía un año sin el amor de su vida a su lado, mi madre.

Quizás por eso yo no creía en el amor. Cuando te enamoras de una persona, te arriesgas a perderlo todo. Le das todo de ti y haces promesas que nunca se cumplen porque nada es para siempre, al menos en el caso de mis padres.

Cuando los doctores le dijeron a mi madre que tenía cáncer supe que todo iba a cambiar. Ese último año lo vivimos como si fuera el final de nuestras vidas. Y, en efecto, lo fue. Cuando mamá murió mi padre se encerró en su habitación durante semanas. No salió ni comió durante diecinueve eternos días. Yo, una niña de doce años que acababa de perder a su madre, necesitaba el apoyo de alguien, y ahí es cuando me di cuenta de que no tenía a nadie.

A los trece aprendí lo que era una resaca. Yo no bebía, pero mi padre sí. Supongo que no supo cómo superar la muerte de mamá y lo único que conseguía aliviar su dolor era una botella de *whiskey*.

A partir de ahí, mi padre se volvió un alcohólico y yo empecé a llegar tarde casi todos los días a clase.

Sin amigos ni familia con los que poder desahogarme empecé a leer. En la hora del recreo me sentaba en un árbol que había detrás de las gradas de fútbol y abría un libro. Allí me permitía soñar y pensar que toda mi vida era un cuento de hadas.

Pasaron los años con la misma rutina: cuidar de mi padre, leer, estudiar y aparentar estar bien.

En tercero me hice amiga de Beth y confié en ella lo suficiente para hablarle de mí. Esa fue la primera vez que sentí que alguien me apoyaba y me entendía. Enseguida nos convertimos en inseparables. Juntas contra el mundo.

Así que aquí estoy, el primer día de instituto del último año y llego tarde. Exactamente veinte minutos tarde y justo me toca con el peor de los profesores que

podría existir en este planeta: el de Mates. No es que se me dé mal, pero el señor Black, conocido como “La Bombilla” por su falta de pelo en la cabeza, es una persona bastante amargada. Y cuando digo bastante es bastante, sin exagerar.

Llego a la puerta derrapando y sin aliento. Mi cuerpo no soporta tanto ejercicio físico a las ocho de la mañana. Toco a la puerta y, segundos después, se abre. Lo primero que veo es una cara con arrugas que parece muy enfadada.

—Señorita Russel, ¿me puede explicar por qué llega tan tarde a mi clase? —me pregunta La Bombilla intentando contener la rabia.

—Pues es que... —No logro terminar la frase.

—¡Váyase ahora mismo de aquí! —me grita.

Genial. Primer día y ya me echan.

Cruzo el pasillo y salgo por la puerta de entrada. Me dirijo hacia mi árbol preferido con una sonrisa pensando en la continuación de mi libro, pero en cuanto miro en esa dirección se me borra completamente. No puede ser. Están

talando mi árbol. Es mi lugar preferido y ahora va a desaparecer. Me acerco corriendo a los obreros y les pregunto.

—¡Oigan! ¿Por qué lo talan?

—Vamos a ampliar las gradas del campo de fútbol —me responde uno de ellos.

—¡Pero no pueden hacer eso! —grito.

—Lo siento, son órdenes —dice otro.

Todos me ignoran cuando se dan la vuelta para seguir trabajando y yo me voy enfadada. ¡Cómo se atreven a destrozar mi sitio para leer!

Ahora solo se me ocurre un lugar donde poder desconectar. El problema es que son las gradas de fútbol, donde siempre están los grupitos de chicas que babea por los que juegan allí. Y, de verdad, es el último sitio en el que me apetece sentarme. Para que luego digan que no hago sacrificios.

Cuando llego veo que no hay ningún equipo entrenando y casi me dan ganas de llorar de alivio. Subo las escaleras mientras saco el libro de mi mochila y, como la vida es tan buena conmigo, me tropiezo y me caigo.

Empiezo a maldecir, pero me callo porque escucho una risa. Alzo la mirada y me encuentro con un chico rubio vestido con ropa deportiva que se está riendo de mí en mi cara.

—¿De qué te ríes? —le espeto molesta.

—¿No es obvio? Pues de ti —se carcaja otra vez.

Le miro atónita. ¿Pero quién se ha creído que es?

De repente, coge mi libro del suelo y lee el título.

—*Orgullo y prejuicio* —dice con un tono burlón—. Bueno bueno, resulta que acabo de conocer a la señorita romántica.

—¿Qué sabrás tú? —pregunto—. Que conste que yo no creo en el amor.

El chico me mira con confusión.

—Entonces, ¿por qué lo lees? —me señala el libro.

—Porque una cosa es leerlo y otra muy diferente es la realidad. Estoy cien por cien segura de que no existe todo ese rollo de tu alma gemela —digo con convicción—. Por cierto, ¿cómo te llamas, chico extraño?

Mientras él me mira fijamente y con curiosidad yo le doy un repaso de pies a cabeza.

Tiene unos ojos verdes muy bonitos y muchas pecas por toda la cara. Una nariz definida y la mandíbula marcada. Lleva una camiseta deportiva de tirantes ajustada que le marca los abdominales y unos brazos fuertes dónde se asoman pequeñas venas.

Ahora entiendo por qué las chicas babeaban tanto. Normal, con estas vistas...

—Me llamo Beck.

Su voz me saca de mi ensoñación y frunzo el ceño. ¿Qué me pasa?

—Me parece extraño que una chica que lee libros de romance no crea en el amor. Todas soñáis con tener a vuestro príncipe azul —explica.

—Te olvidas de un detalle, yo no soy todas.

Sonríó falsamente, le cojo el libro de las manos y lo vuelvo a guardar en mi mochila. Me dispongo a marcharme, pero me detiene su pregunta.

—¿Y si alguna vez quieres formar parte de ese “todas”?

—No lo haré. Estoy convencida.

Doy por zanjado el tema y camino otra vez hacia la entrada del instituto, pero escucho su voz a lo lejos gritarme:

—¡Oye! ¿Cuál es tu nombre? —me pregunta.

Miro por encima del hombro y veo que se acerca a mi corriendo. Reprimo una sonrisa.

—Jennifer, pero me gusta que me llamen Jen —le digo.

—Bueno, pues, Jen, ya nos veremos por ahí.

Dicho esto, me guiña un ojo y se va por donde ha venido. Me quedo mirándolo un buen rato y no me doy cuenta de que enseguida aparece Beth con la boca abierta. Sé que se va a poner como una histérica porque acabo de socializar con alguien. Lo nunca visto.

—Jen, ¿acabo de ver lo que creo que he visto? —pregunta todavía sin creérselo.

—No es para tanto Beth, solo me lo he encontrado en las gradas del campo de fútbol. Lo acabo de conocer, ni que fuese súper famoso. —Ruedo los ojos con desinterés.



—¡No me puedo creer que no sepas quién es! Es el capitán del equipo de fútbol, Jen, y posiblemente el chico más guapo de todo el instituto.

Seguramente Beth está exagerando, ¿no?

—¡Y, mírate, estás sonriendo como una niña ilusionada! —Enseguida me doy cuenta y, aunque cambio el gesto, siento como mi rostro se calienta.

—¡Eso es mentira! —chillo indignada mientras Beth se ríe.

—Cariño, no pasa nada —me dice con dulzura—. No puedes pasarte toda la vida ignorando a las personas. Disfruta de tu vida, conoce chicos y haz amigos. Llevas demasiado tiempo dedicándoselo a una persona que no te merece.

Sé que se refiere a mi padre.

—Prométeme que este año lo dedicarás a ti misma y quedarás algún día con Beck Silver —me dice.

Entorno los ojos con reproche porque sabe que nunca le puedo decir que no.

—Está bien —cedo finalmente—. Le pediré quedar algún día de estos, pero ni siquiera tengo su número.

—Eso déjame a mí. —Y, tras decir esto, se va.

Suena el timbre y yo continúo mis clases, pero sin prestar mucha atención. Solo puedo pensar en unos ojos brillantes color verde.

En Lengua y Literatura me siento en la última fila y espero a que todos se sienten y que la profesora llegue.

Cuando estamos todos en nuestros sitios echo un vistazo a mi clase, pero mis ojos se quedan fijos en una densa mata de pelo rubia. Él también me ha visto porque me mira a los ojos y me sonrío cómplice.

La profesora empieza a hablar.

—Buenos, chicos, este año lo vamos a hacer diferente. Todas las actividades y proyectos serán por parejas. Hemos creado grupos de dos que, seguro, serán positivos y que se asemejan mucho a vuestra efectividad a la hora de estudiar. Empecemos.

Comienza a decir nombres de personas hasta que oigo el mío: Jennifer Russel con Beck Silver.

Miro en su dirección y voy hacia él. De ahora en adelante nos sentaremos juntos. Cuando llego a su lado me dice:

—Parece ser que el destino nos ha juntado, «Corazón de piedra». —Se levanta y me hace un gesto burlesco.

—¿En serio? —pregunto—. ¿Qué tipo de apodo es «Corazón de piedra»? —resoplo con indignación.

—¿Prefieres que te llame “mi amor”?

Enarca una ceja mientras que una de las comisuras de su boca se levanta.

—Déjalo.

Ruedo los ojos y me siento con los brazos cruzados. Miro para otro lado dando a entender que no quiero hablar con él, pero parece ser que no capta mi indirecta y sigue hablándome sin parar. Suelto un largo suspiro. Este va a ser un año muuuuy largo.

Raquel de la Hoz Trujillo

## **LA ESENCIA DE LA NATURALEZA**

La luz llegó a mis ojos y los abrí. A través de mis pupilas se veía un bosque marrón de otoño que olía a tierra húmeda y miré hacia el suelo lleno de hojas. Alcé la mirada y observé un tronco fuerte y rugoso con hojas verdes y finas como agujas. Subí un estrecho e inclinado camino lleno de piñones que caían de los árboles. A lo lejos vi una cabaña de madera y decidí acercarme.

Cuando llegué desapareció ese olor a tierra mojada. Decidí entrar y al abrir la puerta me encontré con un caballo. Me acerqué a él y acaricié su suave pelo blanco con manchas grises. Una vez fuera le coloqué la montura y me senté con cuidado sobre ella. Bajo el sol galopamos sobre la pradera. El viento nos chocaba en la cara y con un dulce aroma a lavanda nos paramos a ver el atardecer con un intenso y a la vez relajante ruido del agua cayendo de una cascada.

**María Lázaro Díaz**

# UN SUEÑO

Bailábamos, nos besábamos, éramos felices... Me desperté, desayuné, y me vestí. Fui al instituto con la misma cara de siempre esperando un mensaje suyo.

**Andrea Mansoori García**

## UNA MAÑANA DE INVIERNO

Eran las siete y tres de la mañana. Como era invierno todavía era de noche. Me dirigía a trabajar en mi coche nuevo. Estaba muy cansada, como de costumbre; no había dormido bien y apenas había desayunado. Sabía que era peligroso conducir estando medio dormida, pero nunca había pasado nada. Estaba más preocupada por todo el trabajo que iba a tener que hacer hoy porque no lo hice ayer. Eso hizo que me sintiera aún más cansada.

Mi cabeza estaba fuera de la carretera y no vi la pequeña liebre que saltaba por el campo ni el coche rojo que se dirigía directamente hacia mí a una velocidad demasiado alta.

Cuando lo vi ya era demasiado tarde. Las luces del coche me cegaron, así que cerré los ojos de inmediato esperando poder volver a abrirlos pronto. En ese supuesto último segundo de vida llegué a sentir todo y nada a la vez: el deseo de seguir viva, de poder hablar con todos al

menos una vez más..., pero ni siquiera me dio tiempo a reaccionar o a pensar bien. No tuve tiempo ni de prepararme para el impacto.

Abrí los ojos lentamente. ¿Había pasado ya todo? Eran las siete y tres de la mañana. Como era invierno todavía era de noche. Me dirigía a trabajar en mi coche nuevo. Espera, ¿qué? ¿Y el accidente? Estaba muy confundida.

Paré el coche y me bajé en un arcén. Respiré hondo intentando procesar lo que acababa de pasar. Primero pensé que había sido un *déjà vu*, aunque lo sentí demasiado real. Luego decidí creer que todo esto se debía a mi falta de sueño. Definitivamente iba a tener que dormir más.

Cuando fui a montarme en el coche vi a lo lejos un coche rojo que iba en la dirección contraria demasiado rápido. Pasó por mi lado dejándome paralizada. ¿Qué hubiera pasado si no me hubiera bajado del coche?

Sentí cómo se me erizaba la piel en la nuca. Me fallaron las piernas haciéndome caer en el frío suelo de la carretera.

**¿Y si no hubiera sido una alucinación?  
¿Acababa de tener un viaje en el tiempo?**

**Natalia Martín Escalona**



## EL SILENCIO DE LA MUERTE

Abrí los ojos desorientada y pegué un brinco. Choqué mi dura cabeza contra una familiar tabla de madera que hizo que me desmayara por segunda vez.

Al despertar reconocí un olor a madera de roble; fue en ese momento cuando supe dónde me encontraba. Estaba encerrada dentro de un ataúd. ¿Quién me había enterrado viva?

Todavía, asimilando dónde moraba, empecé a dar insignificantes golpes a la tapa del ataúd. Nadie podía oírme. Moriría gritando en una caja de madera. La temperatura bajaba cada vez más y la humedad empezaba a asfixiarme. Me quedaban pocas horas de vida. Arañas y hormigas recorrían todo mi cuerpo como un cadáver en inspección.

Pasaron horas, al menos eso me pareció a mí, cuando me despertó una luz. Procedía de fuera de la caja. La habían abierto. Estaba tan aliviada de poder salir de esa situación de claustrofobia que ni

**me paré a pensar que hacía más de cincuenta años que había fallecido.**

**Nerea Medina García**

## TORTURA INFINITA

Ahí estaba yo, de pie, pálida y sin palabras. En fin, ¿cómo estarías tú si no supieses dónde ni cómo habías llegado hasta allí? Me desgarré intentando recordar, pero, nada, todo era en vano.

Me encontraba en una sala bastante amplia, un salón que me resultaba familiar. Lo único que no cuadraba era una pistola sobre la mesa, eso no era normal.

De repente recordé, recordé que yo ya había estado allí y yo ya había pasado por eso. Entonces escuche una voz, una familiar, ¡era Lucas! Y...

No no y no, me niego. Sabía perfectamente qué iba a pasar en unos precisos segundos, y pasó. Cogí la pistola y disparé. Yo no era consciente, no sabía que estaba haciendo, pero todo continuaba como yo sabía. Escuché como lentamente se iba muriendo y sus murmullos y sufrimiento junto a él. Un enorme charco de sangre se había formado a su alrededor. Estaba muerto y lo había matado yo. Otra vez había

**sucedido, mi tortura sigue y he llegado a la conclusión de que siempre será así. Tengo que conseguir parar y, como dice el diablo, perdonarme.**

**Flor Ortega Moreno**

## LA CUEVA

Cuenta la leyenda que un chico llamado Thomas estaba en el trabajo de su padre, que era arqueólogo. En ese momento estaba explorando una ruina muy grande y bonita cuando, de repente, se abrió un pasadizo y Thomas se cayó por él.

Justo pasaba por ahí una chica llamada Heather que, al ver lo que le acababa de suceder, decidió ayudarlo. Pero, de repente, ella se resbaló con una roca y también cayó por el pasadizo.

Ese pasadizo llevaba a una cueva que nadie había explorado nunca. Era hermosa, con techos muy altos y pinta de llevar ahí más de dos siglos, aunque daba muy mala espina ya que al caminar sonaban engranajes.

Al final de la cueva había dos caminos: el laberinto y los pasadizos. Acordaron que cada uno iría por un sitio. Heather fue por el laberinto y Thomas por los pasadizos.

A Heather le costó un buen rato salir del laberinto, ya que era muy complejo,

**mientras que a Thomas no le pareció tan difícil porque las baldosas que tenían las trampas eran fáciles de reconocer.**

**Al cabo de dos horas se encontraron en las salidas del laberinto y de los pasadizos.**

**Después de andar durante un largo rato a lo lejos vieron una puerta con un león al que tuvieron que girar la cabeza para abrir la puerta. Dentro encontraron un montón de oro y de joyas.**

**Valeria Polán Rodríguez**

## LA JAULA

Si no me hubiera encontrado en completo estado de conciencia y alarma en aquel momento jamás hubiera deducido donde me situaba en esos tortuosos instantes, cabizbajo, avanzando sigilosamente a gatas por aquel interminable y claustrofóbico agujero negro que bien podría haber sido un sepultado ataúd como un estrecho callejón a medianoche.

Mis manos palpaban el frío metal a mis lados, aunque artificialmente, ya que era evidente que ese clima no sería posible en el exterior de un país como en el que me encontraba. Lo único que mis oídos lograban captar eran las monótonas y continuas gotas de agua impactando contra el metal en algún lugar no muy lejano a mí, que se llevaban escuchando durante todo el trayecto.

Mis ojos hacían un gran esfuerzo por mantenerse abiertos al haber estado horas tratando de acostumbrarse a la profunda oscuridad de la desapacible

estancia. Fue entonces cuando estos parpadearon con rapidez al creer ver una baldosa algo grisácea a lo lejos en la parte superior del túnel que desentonaba con la inmensa negrura del lugar.

Tan pronto como llegué allí deslizándome unos pocos metros sigilosamente me di cuenta de que se trataba del reflejo de la luz que se emitía desde una rendija en la parte inferior.

Tan asombrado como paralizado agaché instintivamente la cabeza hacia la luz y escuché temblorosamente un murmullo de la conversación que estaba buscando. Momentos más tarde, mientras mi mareada y exhausta cabeza procesaba y guardaba esta valiosa y esencial información, me incliné y me apoyé, sin pretenderlo, en la helada pared del conducto de ventilación, emitiendo así un ligero ruido al tiempo que todas las personas que se encontraban debajo y participaban en el clandestino diálogo voltearon su cabeza hacia mí.

Luna Poza Rivera



## UNA NOCHE MISTERIOSA

Era una noche siniestra, sin ningún alma caminando por las calles de Madrid. Mi amigo y yo nos fuimos de fiesta con unos amigos, ya que habíamos aprobado y pasado de curso con buenas calificaciones.

Al llegar a la discoteca nos dimos cuenta de que ni el jefe de vigilancia ni la gente que solía ir estaban allí.

Entramos al recinto y vimos muchas botellas rotas, muebles destrozados, la pared de color rojo y más cosas que no quiero decir.

Al terminar de echar un vistazo escuchamos unos gritos de miedo que provenían de la puerta donde decía privado.

Fuimos en fila india por si acaso alguien estaba herido y entramos en la habitación sin luz. Por suerte uno de nosotros llevaba una vela y un mechero, lo encendió y lo primero que vimos fue la cabeza de una persona cortada. Al avanzar vimos otra más, pero, esta vez, de un oso.

Recorrimos todo el pasillo sin ninguna cabeza más. Al llegar al final vimos como un fantasma tenía de rehén a una joven y estaba comiéndosela sin ninguna piedad.

Salimos corriendo de ese lugar, pero uno de nosotros grito tan fuerte que el ser misterioso nos miró y se comió a mis compañeros uno por uno.

Pensé que me había salvado, pero me atrapo al llegar a la puerta de salida.

Cuando me desperté me di cuenta de que fue una pesadilla y que me temblaban las manos de haber pasado una noche triste.

Me quise dormir de nuevo, pero, al tiempo que cerraba los ojos, sentí que alguien estaba en mi cuarto y respiraba por detrás de mí.

Y, en efecto, un ser malvado estaba detrás esperando a que me diera la vuelta para devorarme. Lo que pensaba o imaginaba sucedía en la realidad, así que me di la vuelta sin poder defenderme de ese ser. Pero, en ese momento, mi padre llegó a mi cuarto con un arma, le disparó y murió.

**Abracé a mi salvador y me sentí feliz por lo que él hizo por mí, salvarme la vida.**

**Henry David Pulupa Andrago**

## **UNA PESADILLA REAL**

**Eran las dos y media de la madrugada cuando abrí los ojos; todavía seguía pensando en ella, en mi secuestradora. Por suerte solo había sido una pesadilla.**

**Aunque... sentía que no estaba sola. Escuché un ruido muy extraño que provenía de una de las habitaciones. Cuando me intenté levantar me di cuenta de que tenía las manos y los pies atados y me acordé de todo.**

**Conseguí desatarme las manos, luego los pies y, cuando por fin iba a huir, apareció ella, apareció mi secuestradora.**

**Antes de que me volviera atar en aquella silla usé las técnicas de judo que me enseñaron de pequeña. Al verla ya en el suelo eché a correr sin mirar atrás.**

**Al llegar a casa vi el desorden que había y recordé cómo me habían secuestrado. Tuve miedo de que me volviera a pasar lo mismo. Cogí lo necesario y desaparecí. Desde entonces ya han pasado siete años desde aquel día, aquel 17 de julio de 2014.**

**Vanessa Elizabeth Reinoso Andrango**

## TRIÁNGULO DE LAS BERMUDAS

La mañana del 7 de julio de 1975 zarpamos desde el puerto Fort Lauderdale en Miami. Tío Bern calculó que tardaríamos exactamente cuatro días en llegar a nuestro destino. Estaba nervioso, papá nos había contado muchas historias sobre el triángulo cuando éramos pequeños y la idea de que pudiera ser un fenómeno real y no un mito no salía de mi cabeza. Sé que si en ese momento le hubiera dicho a mi tío esos pensamientos y mis temores se hubiera reído de mí, así que preferí evadirlos y disfrutar del viaje.

Pasé toda la tarde jugando a *Hundir la flota* con Khai en la popa. Era mi sitio favorito, la única parte del barco en la que no me mareaba.

Pasábamos un buen verano y estábamos cada vez más cerca de Puerto Rico, todo iba según lo planeado hasta el segundo día del viaje. Eran las nueve de la tarde y del camarote se desprendía un delicioso olor a salchichas. Mi tío estaba

en el timón, papá leyendo un catálogo de unos nuevos transportes acuáticos llamados motos de agua, mamá cocinando y Khai y yo viendo el atardecer. Me levanté de su regazo y me dirigí al camarote para coger la radio. Estaba bajando las escaleras cuando, de repente, noté como el barco sufrió un impacto muy fuerte. Me caí al suelo y vi como tío Bern salía disparado hacia popa. Se dio un golpe en la cabeza y recuerdo ver la sangre en la barandilla, fue la última vez que le vi.

El barco empezó a dar vueltas y llovía cada vez más fuerte, nos estábamos hundiendo. Un remolino de agua me rodeaba, no podía ver nada. Sentía pavor, mis ojos derramaban lágrimas. Empecé a sentir descargas eléctricas en todo el cuerpo y, por un momento, dejé de sentir el dolor, mejor dicho, me empezó a gustar, disfrutaba cómo la electricidad y el calor recorrían todo mi ser. Las venas se me enrojecieron y empecé a elevarme, estaba flotando dentro del remolino. Una fuerza mayor me empujó hacia las profundidades del mar. Podía respirar y

caminar, pero una capa de energía me rodeaba y no podía subir.

Llevo catorce años en esta burbuja. A menudo veo en la superficie marina el caos y el mar manchándose de sangre. Contemplo cuerpos flotando y me pregunto si alguno de ellos sentirá ese magnetismo que me trajo hasta aquí y podrá hacerme compañía.

**Gaia Rodríguez-Pina López**

## LA GRUTA

Estuve caminando más de tres horas hasta encontrar ese lugar donde no se escuchaba ni se veía la civilización humana. Estaba tan escondido que, de esas tres horas, tardé más de dos en lograr ver la entrada de aquel lugar.

Me tuve que arrastrar como una serpiente para luego hallar esas aguas que parecían tan profundas que nadie podría llegar hasta el fondo.

Tras estar un rato inspeccionando aquel lugar vi que la luz entraba por un pequeño orificio en el techo, aunque no dejaba ver las maravillas que allí había.

Decidí adentrarme en un pequeño hueco. Cuando lo atravesé aquella sala parecía estar iluminada como el escenario de un teatro. A pesar de que la única alma era yo esa sensación cambió rápidamente cuando noté que algo se movió.

Tenía dos opciones: salir corriendo de ese lugar, la cual era la mejor y la más segura, o intentar atrapar a esa cosa. Hice la más obvia, claro.



Decidí poner manos a la obra e intentar salir de la sala para poder atrapar a esa cosa. Era la mejor opción porque no tenía nada que hacer el resto del día.

Tras más de quince minutos de persecución me lancé como si fuese un portero de fútbol estirándome e incluso abrazándolo. Aun así, no fui capaz de inmovilizarlo.

Acabé con rasguños por todo el cuerpo, pero la buena noticia fue que al fin conseguí atrapar a esa cosa.

Como la cueva estaba tan oscura decidí ir a la sala luminosa para descubrir al extraño ser. Era un enano o un gnomo, no lo recuerdo muy bien, pero era un ser pequeño.

Me contó que aquella cueva era mágica y el tiempo transcurría mucho más lento que en el exterior; una hora dentro de la cueva equivalía a un siglo fuera. Pensé que si me quedaba allí todo el tiempo que quisiese sería casi inmortal, pero el enano me dijo que a medida que el tiempo transcurría la cueva se apoderaba de ti y que si pasaba más de dos horas allí ya no podría salir.

**En cuanto me dijo esto salí de la cueva como un rayo porque solo me quedaban cinco minutos para salir de allí. Por suerte conseguí salir en el último instante.**

**Al regresar a la civilización vi que no era la misma, que ahora me encontraba en un mundo donde la guerra lo había devastado todo: hospitales, casas, oficinas, centros comerciales... Aparte de escombros no encontré nada ni a nadie más.**

**Mario Román González**

## YO SOY EL SIGUIENTE

Mi cara solo pudo ser de alivio cuando mi hija se durmió después de una larga noche de llanto en mis brazos en la que, por alguna razón, señalaba con su gordo bracito hacia la esquina del cuarto. No me di cuenta en ese momento, pero era un llanto lúgubre, miedoso y de rabia debido a la falta de comprensión por mi parte, la cual se debía al sueño. De todo esto fui consciente cuando mi niña estaba dormida, exhausta por el llanto y... noté algo, no alguien, no, algo justo detrás de mí.

Me giré desconcertado y a la vez asustado. Mi sorpresa fue encontrar esa gran bestia negra de careta roja detrás de mí sosteniendo la mano de mi hija. Inmediatamente me giré a mirar a mi pequeña pensando que era una alucinación del sueño y... No estaba, solo había un mono para bebés completamente blanco con una frase escrita en negro: *“Deberías saber escuchar”*.

**En ese momento la bestia se desplazó a la misma esquina dónde mi hija señaló esperando a repetir la misma jugada.**

**En ese momento supe que yo era el siguiente.**

**Mikaela Serrano Vime**

## CRIATURAS

En la oscuridad de aquella calle solitaria escuchó un leve sonido que, a medida que iba avanzando, se convirtió en unos gritos de temor.

Fue entonces cuando percibió el olor a sangre y sus genes de criatura salieron a la luz. Con el deseo de beber sangre salió corriendo hacia el lugar del que provenía aquel olor.

Cuando llegó se encontró a otra criatura intentando desgarrarle el cuello a una humana indefensa encadenada por las muñecas, pero Astrid con su velocidad vampírica le rompió el cuello y le arrancó el corazón al atacante.

Mientras tanto la víctima caía rendida en un sueño.

Cuando Astrid dirigió la mirada a la humana se percató de que sus heridas ya habían sanado, así que decidió llevársela a casa para estudiar su sangre y averiguar de dónde provenía y quién era su familia.

Pasaron diez horas y Astrid entró a la habitación con un zumo de naranja y

beicon con huevos para que la humana cogiera fuerzas.

—Buenos días, soy Astrid —dijo—. ¿Cómo estás?

—Buenos días, soy Diana. Estoy bien, pero sigo un poco mareada —respondió Diana mientras le daba un apretón de manos a Astrid.

—No puede ser —murmuró Astrid.

Ambas abrieron los ojos como platos al sentir una corriente recorrer de sus manos a la cabeza donde apareció un recuerdo del pasado.

Ana Tejero Lascorz